



**Facultad de Psicología**  
**UNR** Universidad  
Nacional de Rosario

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO**  
**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**Trabajo Integrador Final**

“La incógnita entre la verdad y el saber en la escena amorosa actual”

**Modalidad de presentación: Ensayo**

**Autora: Di Lorenzo, Josefina**

**Legajo: D-5363/5**

**DNI:39.121.939**

**Tutor: Del Ponte, Javier**

**Año: 2024**

**Índice**

Resúmen y palabras clave .....	3
Introducción .....	4
Del amor puro al amor diluído.....	6
De la aventura a la cacería.....	9
Amor y saber, un encuentro posible .....	12
Conclusión .....	14

## Resumen

El presente trabajo se propone reflexionar acerca de la incógnita entre la verdad y el saber en la escena amorosa desde los planteos actuales. A partir de la herencia psicoanalítica, como columna teórica epistemológica, y del legado literario, se aborda la problemática enunciada bajo la modalidad de ensayo. En este sentido, se busca poner en tensión el concepto de amor de la época con categorías propias de la disciplina tales como la rectificación subjetiva, el sujeto lacaniano y la función del discurso del amo a los fines de poner de relieve la función del discurso amoroso de la época y su íntima relación con los valores neoliberales que apuntan a una alienación subjetiva. Se concluye que los planteos actuales sobre el amor eliminan el misterio encarnando la función paradójica de garantizar un mayor nivel de libertad, y a la vez la de operar como un mandato cultural.

## Palabras claves

Sujeto - Deseo - Saber - Verdad - Eros

## Introducción

En el marco de las pautas establecidas para la producción del Trabajo Integrador Final de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, se expone el presente escrito cuyo abordaje plantea una temática que irrumpe en los escenarios actuales y esclarece diversas problemáticas que giran en torno a la complejidad del pensamiento posmoderno.

Se trata de los **significantes** que se encuentran circulando hace ya varios años y se filtran en el discurso de la contemporaneidad, constituyendo nuevas formas de pensar y de actuar. Gran parte de estos **conceptos** se comenzaron a gestar desde hace tiempo, a partir de un largo y diligente proceso denominado “de-construcción”. Dicha propuesta del movimiento feminista logró poner en tela de juicio una matriz patriarcal que se sostuvo, se encuentra aún vigente y de la que continuamos formando parte.

A lo largo del tiempo, estas nuevas formas de decir se fueron tiñendo de una lógica neoliberal que acompañaba la esfera política de los últimos años, y a partir de ello comienzan a colarse ciertos aspectos con el acento puesto en la individualidad, la racionalidad, la proactividad y la meritocracia.

En este sentido, el plano amoroso fue una de las esferas más invadidas por estos significantes, los cuales aparecen como las coordenadas del amor, que, siguiéndolas correctamente decantaría en un vínculo sano, con otros y también con uno mismo. Entre estos, se podría reflexionar acerca del término tóxico, que alude a aquellas relaciones que tienden a volverse destructivas por ingredientes tales como la dependencia emocional y los celos, sobre la noción de responsabilidad afectiva, que apunta a la revisión de los modos de actuar que tenemos con los pares, y de la construcción del amor propio, factor indispensable para establecer lazos sólidos.

Resulta preciso destacar que en estos parámetros modernos que delinean un

protocolo del amor, se presenta el requerimiento de que el sujeto tome una determinada posición que traiga a la certeza como intermediaria del diálogo amoroso. Es a partir de esta línea, que **se propone problematizar acerca de la incógnita entre la verdad y el saber en la escena amorosa de la época.**

A diferencia de otras disciplinas, el psicoanálisis ha trazado una particular relación entre los conceptos de saber y verdad que, lejos de tratarse de categorías universales que coinciden de manera perfecta a través del tiempo, apuntan a la singularidad misma de la constitución subjetiva: el sujeto barrado.

La gran herida freudiana dejó como rastro la conceptualización de un individuo en estado de escisión y, por consecuencia, el descentramiento del yo, que, por desconocer las formaciones del inconsciente, deja de ser el dueño de su propia casa para ser un ignaro visitante. Sobre esta base, el psicoanálisis apuesta a otra escena, a la del inconsciente como lugar que permite el advenimiento del sujeto en cuanto tal, y el tratamiento analítico se orienta en el reconocimiento de ese saber que aparece inaccesible a la conciencia. Es así que, Freud (1979) al indagar acerca de la responsabilidad por el contenido de los sueños, expresa de manera contundente que: “[...] uno debe considerarse responsable por sus mociones oníricas malas ¿Qué se querría hacer, si no, con ellas? Si el contenido del sueño -rectamente entendido- no es el envío de un espíritu extraño, es una parte de mi ser [...]” (p.135)

A partir de los registros real, simbólico e imaginario, elementos propios del estructuralismo, Lacan retorna a la escritura de Freud para realizar una lectura de aquella otra escena que causa la posición subjetiva. Su obra entera se construye bajo la premisa de que el sujeto se constituye en el campo de un Otro, barrado e incompleto, a partir de un punto de indeterminación, agujero que es la causa del deseo y es la muestra de que el sujeto no cuenta con las claves significantes de esa determinación no lineal. Es así que, Lacan (1996) se encarga de iluminar toda confusión con respecto al sujeto del inconsciente:

5

Esto es precisamente lo que Freud descubrió hacia 1920 y ahí está, de algún modo, el punto de reversión de su descubrimiento.

Su descubrimiento consistía en haber deletreado el inconsciente y desafío a quienquiera que diga que se trata de algo distinto de esta observación, que hay un saber perfectamente articulado del que, hablando con propiedad, ningún sujeto es responsable. Cuando de pronto un sujeto tropieza con él, puede tocar ese saber inesperado, se queda, él, el que habla, bien desconcentrado, ya lo creo. (pp.81-82)

De esta manera, la finalidad del acto analítico consiste en situar ese saber inconsciente, único para cada sujeto, dentro de la categoría de verdad, pasaje que permitirá al sujeto acceder a un conocimiento que, en cierta medida, es incompleto, ya que, según la postula de Lacan (1996), la verdad se estructura como un enigma. “Lo que se espera de un psicoanalista es [...] que haga funcionar su saber como término de verdad. Precisamente por eso por lo que se encierra en un medio decir” (p. 56).

Es en la experiencia del amor en donde la barra se manifiesta con mayor fuerza, marcando con contundencia aquella división estructural y convirtiéndola en un trayecto absolutamente enigmático, caracterizado por múltiples desencuentros. Así, se expone como hipótesis del presente trabajo, que el discurso amoroso contemporáneo busca eliminar el misterio encarnando la función paradójica de garantizar un mayor nivel de libertad y comodidad en cuanto a uno mismo y en los vínculos que se van forjando, y a la vez la de operar como un mandato cultural.

En definitiva, se expone que las exigencias amorosas de la época encubren una demanda categórica imposible de cumplir y sostener, basada en responder de manera recurrente por una posición subjetiva que escapa a las redes simbólicas, porque se trata de un saber del que aún no se sabe, de la puesta en juego de una determinación inconsciente

que no es lineal y de la tragedia del deseo, que por definición no tiene objeto. En estos términos, el hacerse cargo de un saber por fuera del quehacer clínico, se vuelve un imperativo que pone en marcha el trabajo anímico de pasar por el escáner de la conciencia todo tipo de actos, pensamientos y sentimientos, el cual deja como resto a un sujeto cartesiano, ese que piensa y luego existe, y un deseo puramente domesticado.

En función de esta fórmula, con el fin de evitar toda clase de reduccionismos, el presente trabajo plantea explorar categorías conceptuales pertinentes a la disciplina, tales como la rectificación subjetiva, como posibilidad de la tarea analítica, el sujeto lacaniano, que revela la dicotomía entre verdad y saber en relación al deseo, y la función del discurso del amo, en concordancia al discurso amoroso posmoderno.

A partir de la herencia psicoanalítica, como columna teórica epistemológica, y del legado literario, se plantea abordar la problemática enunciada bajo la modalidad de ensayo por su naturaleza discursiva y argumentativa frente a la puesta de un saber provisorio.

De tal manera, **el presente trabajo propone como objetivo final una revisión de conceptos claves del psicoanálisis que permitan delinear el estatuto del sujeto y, de esta manera, esclarecer la función del discurso amoroso de la época y su íntima relación con los valores neoliberales que apuntan a una alienación subjetiva.**

6

### **Del amor puro al amor diluido**

El fenómeno del amor despliega una complejidad que ha cautivado el interés a lo largo de la historia, convirtiéndose en objeto de estudio en diversas disciplinas. Las múltiples concepciones sobre el amor, y por ende, las distintas formas de transitar el camino amoroso, se ven determinadas por los cambios de la época y por los aspectos sociales, culturales, filosóficos y religiosos de la misma. A continuación se presentarán algunas versiones del amor con el fin de iluminar el espacio que ocupa el sujeto respecto a las coordenadas amorosas actuales.

Una de las versiones del amor que circula en nuestra cultura es la del amor romántico tradicional, que encuentra fundamento en el discurso de Aristófanes del escrito de Platón "El Banquete". En aquél diálogo filosófico que busca honrar al Eros debatiendo sobre la naturaleza del mismo y ofreciendo diversas interpretaciones, Aristófanes recrea un mito de las mitades perdidas que aborda la naturaleza de los hombres marcada desde el comienzo por el castigo de un Dios y a la condena de a una búsqueda para lograr la plenitud. "Cada uno de nosotros es un símbolo de hombre, al haber quedado seccionado en dos de uno solo, como los lenguados. Por esta razón, precisamente, cada uno está buscando siempre su propio símbolo" (Platón, 1986, p. 226).

En concordancia con la concepción erótica de Aristófanes, el amor, en su esencia, representa la constante aspiración de recuperar aquel antiguo estado de plenitud. Se trata de una búsqueda ambiciosa que al producirse el encuentro con el objeto amoroso, siguiendo lo planteado por Lacan acerca de la falla estructural, evoca un desencuentro. Con respecto a la relación sexual, Lacan es contundente al señalar su imposibilidad, cuestionando la ilusoria noción de "vos y yo hacemos uno", al poner de manifiesto que lo que falla es la coincidencia de las faltas.

Esta falla es la única forma de realización de esta relación, si, como lo postulo, no hay relación sexual. Entonces decir todo se logra no impide decir no- todo se logra, porque es de la misma manera: eso falla. No se trata de analizar cómo se logra, sino de repetir hasta la saciedad por qué falla. (Lacan 2006, p.73).

En este sentido, el objeto en sí mismo se caracteriza por ser una falla, y su esencia está intrínsecamente ligada al acto de fallar. Considerando esto en la concepción del amor como la búsqueda de un encuentro destinada a un desencuentro. Se podría argumentar que

el amor es una búsqueda que conduce hacia el desencuentro con un objeto, causado justamente por el encuentro con otro tipo de objeto: el objeto *a*.

La invención del objeto *a* le permitió a Lacan diferenciar entre el objeto condición del deseo y el objeto causa del deseo, resaltando lo esencial y trágico de la constitución subjetiva: la imposibilidad de satisfacer plenamente el deseo, de colmar el vacío. Es en este sentido que el amor se convierte en el camino ideal -idealizado- para sostener el engaño hasta que la angustia aparezca para marcarnos la barra.

Como espejismo especular, el amor tiene esencia de engaño. Se sitúa en el campo instituido por la referencia al placer, por ese significante único requerido para introducir una perspectiva centrada en el punto ideal, *I* mayúscula, que está en el Otro, desde donde el Otro me ve tal como me gusta que me vean. (Lacan, 2008, p.276).

En última instancia, el curso del amor no está regido por el uso de la razón y, como consecuencia, se ve dirigido por factores como la impulsividad, lo instintivo y la insistencia. Estos atributos se reflejan claramente en el personaje de la novela *El túnel* escrita por Ernesto Sábato, cuyas acciones y decisiones están guiadas por la búsqueda de una conexión intensa y apasionada con otra persona, en su anhelo por encontrar esa "mitad" que le falta.

La novela está narrada en primera persona, presentada como una carta escrita desde la cárcel por el protagonista Juan Pablo Castel, un artista incomprendido que no

7

encontraba refugio ni esperanza en la gente que lo rodeaba. A lo largo de la narración, Castel relata los sucesos y sentimientos que lo llevaron a cometer el asesinato de su amada María, como si estuviera tratando de justificarse por ello. Castel se enamora profundamente de esta mujer, ilusionándose al pensar que ella era la única que lo comprendía. Sin embargo, a medida que avanza la historia, se evidencia que su relación revela los puntos oscuros de María y su incapacidad para responder a las preguntas que Castel necesitaba que fueran respondidas.

La entrada de María en la vida de Juan Pablo estuvo siempre marcada por la pregunta y la idealización, ya que él se enamoró de ella al ser la única persona que se detuvo en un detalle de su pintura durante una exposición de arte. María se convirtió en un enigma que Castel no podía descifrar, comenzando por el motivo por el cual ella se detuvo precisamente en ese punto de su obra, una cuestión que siempre intrigó a Castel. Casi al final de su historia de amor, ella confiesa este tema junto con otros aspectos personales de su historia, y la respuesta desagrada a Castel, generando en él la sensación de que ella era una mentirosa que ocultaba cosas.

Este enigma sostenía al deseo y al objeto idealizado en una misma vía, dos aspectos que titubearon cuando, con el paso del tiempo y al revelarse las claves, como el hecho de que María estaba casada y tenía otros amantes además de Castel, saturaron al personaje con un impulso irrefrenable de asesinarla. Lo fascinante del relato radica en que, antes de cometer el homicidio, el personaje, en su trayecto en coche, atraviesa un túnel y confiesa la sensación desgarradora de que él estaba viviendo dentro de ese túnel, solo, como siempre y como antes, mientras María se encontraba fuera de él. "[...] había sólo un túnel, oscuro y solitario: el mío, el túnel en que había transcurrido mi infancia, mi juventud, toda mi vida." (Sábato, 1980, p.131).

Esta novela ilustra el pasaje de una versión del amor puro y apasionado hacia la búsqueda de un amor que sea sin misterio, lo que provoca que Castel caiga en las cadenas envolventes del razonamiento, posición subjetiva que se aparta de la concepción de Nietzsche sobre el hombre intuitivo. El filósofo describe a este hombre como aquel que sigue sin limitaciones sus impulsos y deseos apasionados, y sugiere que éste podría experimentar una forma de autenticidad y plenitud que, a diferencia del hombre racional

preocupado por la lógica y la razón, podría perderse.

[...] el hombre intuitivo, instalado en medio de una cultura, consigue, ya de sus mismas intuiciones, además de la defensa ante los males, un flujo continuo de luz, serenidad y salud. Es cierto que sufre vivamente cuando sufre: y sufre a menudo, pues no sabe aprender de la experiencia y cae una y otra vez en el mismo pozo en que antes había caído. Es tan irracional en el sufrimiento como en la dicha, grita con fuerza y no encuentra consuelo. (Nietzsche, 1873, p.9).

En términos de sufrimiento, se podría sugerir que el hombre racional podría experimentar un sufrimiento derivado de la inhibición de sus impulsos y deseos naturales, mientras que el hombre intuitivo podría enfrentar desafíos diferentes, como las consecuencias impredecibles de seguir sus pasiones sin restricciones. “[...] el hombre guiado por conceptos y abstracciones sólo conjura por medio de éstos la desgracia, sin extraer a la fuerza de las abstracciones la felicidad, mientras se empeña por estar libre del dolor lo más posible.” (Nietzsche, 1873, p.10).

En relación con esto, la posmodernidad introdujo una versión del amor que promete minimizar el sufrimiento, ofreciendo libertad y la menor cantidad de angustia posible. Este tipo de amor se presenta de manera protocolizada, ya que el camino amoroso, antes una búsqueda singular marcada por la incertidumbre, se convierte en una estructura predefinida que indica por dónde transitar, qué aspectos es preferible evitar y qué es lo que se puede esperar.

Al analizar las transformaciones que han experimentado las formas tradicionales humanas en la modernidad, Bauman (2005) expone que el Eros es una alteridad que

8

implica el gran desafío de soportar la brecha, la distancia intolerable con el Otro y que “los intentos de superar esa dualidad, de domesticar lo díscolo y domeñar lo que no tiene freno, de hacer previsible lo incognoscible y de encadenar lo errante son la sentencia de muerte del amor.” (p.16).

En este sentido, se trata de una suerte de amor diluído que implica la anticipación a la falla estructural, al desencuentro, y en el que, siguiendo lo planteado por Kohan (2019), se aniquila a la singularidad apelando a lo universal y a lo esperable: “Es un modo de tranquilizar la inquietud y estabilizar la incertidumbre que puede generar lo otro; es también un modo de hacer entrar eso que irrumpe como otro en una maquinaria que uniformiza lo diverso” (p.133).

En un intento de superar las categorías tradicionales opresivas, el sujeto cae en la desacertada interpretación de lo que Nietzsche, a través del sabio Zaratustra, denominó como “superhombre”, aquel que es capaz de crear sus propios valores y vivir más allá de las normas impuestas pero que, en este caso, se ajusta a las convenciones sociales para cumplir con las expectativas en el ámbito amoroso.

La advertencia “valerosos, despreocupados, irónicos, violentos, así nos desea la sabiduría; es una mujer y ama siempre sólo al guerrero.” (Nietzsche, 2007, p.43), lejos de referirse únicamente al raciocinio, pone el acento en el carácter trascendental de ocupar una posición activa que se esclarece con la observación de que “detrás de tus pensamientos y sentimientos [...] yace un poderoso soberano, un sabio ignorado y se llama sí-mismo” (Nietzsche, 2007, p.38). Se trata, por lo tanto, de una postura activa hacia un saber que, en lugar de estar externamente establecido, se sitúa internamente, es decir, dentro del sujeto, léase aquel soberano poderoso como el inconsciente.

La novela *El beso de la Mujer Araña* de Manuel Puig se presenta como una metáfora del desenvolvimiento de esta versión de amor autócrata a expensas de la autenticidad y la expresión libre de los instintos más profundos. La trama narra la historia de dos prisioneros

durante la dictadura militar argentina de 1976, por un lado, Molina, condenado por corrupción de menores, que simboliza la represión sexual, y por el otro, Valentín, un revolucionario y activista político que se opone al régimen dictatorial vigente, representando la opresión política.

La prisión se convierte en el escenario donde los personajes enfrentan una serie de dificultades para expresar sus ideas, su amor y el deseo. Además, se contraponen dos personalidades completamente distintas en las que se refleja al hombre intuitivo, descrito anteriormente, con Molina, quien a través de sus relatos de películas presenta un amor idealizado y muchas veces irreal que contrasta con la realidad de su encarcelamiento. Por otro lado, está Valentín, el hombre racional, que en muchas ocasiones apela a la lógica.

[...] Está lo importante, que es la revolución social, y lo secundario, que son los placeres de los sentidos. Mientras dure la lucha, que durará tal vez toda mi vida, no me conviene cultivar los placeres de los sentidos, ¿te das cuenta?, porque son, de verdad, secundarios para mí. El gran placer es otro, el de saber que estoy al servicio de lo más noble, que es... bueno... todas mis ideas.” (Puig, 2022, p.44).

Resistiendo al adiestramiento, el amor se desprende de cualquier atadura y, a partir de su expresión más certera, la del engaño, incita el encuentro amoroso entre los dos personajes. El engaño se refleja aquí en la figura de Molina, quien, en su papel oculto de informante de la policía y a partir de los relatos fantasiosos e historias de amor, busca hacer caer a Valentín en la trampa pero terminan cayendo los dos en la telaraña del amor. “Vos sos la mujer araña, que atrapa a los hombres en su tela” (Puig, 2022, p.298).

Una vez caracterizadas estas dos versiones del amor, resta preguntarse cuál es el lugar que ocupa el sujeto en cada una de ellas y cómo se pone en juego la cuestión del misterio en su relación con la noción de libertad.

9

### **De la aventura a la cacería**

Situar al amor como un engaño, cuyo condimento principal es el misterio y cuyo destino inevitable es el desencuentro, exige examinar algunos puntos fundamentales sobre la categoría de sujeto según la teoría lacaniana para luego revisar aquello que se pone en juego en la versión del amor de la época.

Como se detalló anteriormente, es a partir de la puesta en juego de elementos narcisistas que el amante apuesta a la ilusión de que el amado pueda saldar aquella incompletud que lo atormenta y lo angustia. En este sentido, en el seminario VIII *La transferencia*, Lacan esboza la fórmula del amor a partir de una interpretación de El banquete de Platón en la cuál señala dos posiciones subjetivas que evidencian el malentendido estructural. Se trata del *erastés*, sujeto del deseo, aquel que sabe que carece de algo pero no sabe qué, y del *erómenos*, aquel que es amado por lo que tiene pero tampoco tiene en claro qué es.

El no-saber implicado en la fórmula amorosa es el fundamento de la entrada del amante engañado y, al mismo tiempo, es el motor que lo impulsa hacia una revelación. Esto mismo evidencia el tinte pasional que puede tomar la versión del amor puro descrita en el capítulo anterior, en el que la sed de saber aparece en forma de búsqueda, análogo a una sombra que persigue y exige al enamorado levantar el velo: ¿qué quiere el Otro de mí?. En consonancia con esta idea, el psicoanalista Claude Rabant (2009), en su libro *Pasión y sublimación*, expone lo siguiente:

[...] la pasión es en el fondo esta especie de relación que no soporta la paz. Porque es una relación que justamente no soporta lo intraducible, que quiere siempre más que el punto de

encuentro. Entonces es algo que forzosamente va también hacia su propia destrucción, o hacia la destrucción del otro. (p.23).

En la novela *El Túnel* esto se refleja a través de Juan Pablo Castel, cuyo impulso hacia la racionalidad se manifiesta en su discurso, el cual está guiado por las preguntas del por qué y del cómo. La obsesión de encontrar una respuesta que lo calme, o que lo colme, lo ubica en un camino sin salida: “[...] necesito saber si me querés. Nada más que eso: saber si me querés. [...] ¿Pero cómo me querés? Hay muchas formas de querer. Se puede querer a un perro, a un chico. Yo quiero decir amor, verdadero amor, ¿entendés?” (Sábato, 1980, p.62-63).

Se trata entonces, de una lectura del sujeto condenada al fracaso que se centra en preguntas acerca de qué es lo que le falta al Otro y qué objeto es para él. Lectura fantasmática que desembocará en una trampa narcisista, ya que apunta a reintegrar algo de esa pérdida mediante su propia imagen ubicándose él mismo como objeto del Otro, ignorando el hecho de que se trata de un objeto que no es del orden de lo imaginario ni de lo simbólico.

[...] creo que lo que cada uno busca en el otro es cierto significativo, y del cuál cada uno tiene el presentimiento de que podría estar escondido ahí. Yo creo que uno no se enamora únicamente por razones de mirada, de manera de andar, etc, todas esas hermosas cosas; creo que uno no se enamora apasionadamente sólo de las bellas cosas que hay en alguien. Creo que hay el presentimiento de un trasfondo, de algo mucho más oscuro pero a la vez mucho más importante; y también es algo que se mantiene junto a todas esas bellas cosas, pero como en un plano secundario, como si fuera un director de escena. (Rabant, 2009, p.54-55).

La obra *El beso de la mujer araña* ilustra de manera precisa cómo las construcciones fantasmáticas van desarrollando ese amor inesperado en torno a la incógnita. Es así que, luego de un encuentro apasionado entre los protagonistas, Valentin le

10

pide a Molina que le narre una película de su elección, con la aclaración de “[...] si te gusta a vos Molina, me va a gustar a mí, aunque no me guste.” (Puig, 2022, p.257). La imposibilidad del paso del amor a la palabra y la búsqueda de un razonamiento ubicado en un horizonte lejano, inalcanzable, marcan su irreductibilidad a lo simbólico: “Te amo, pero porque inexplicablemente, amo en ti algo más que tu [...]” (Lacan, 2008, p.271). En este sentido, la dificultad de nombrar en el terreno amoroso se encuentra plasmada en las letras verborrágicas del tango que, con el acento puesto en la nostalgia, lloran mediante circunloquios la pérdida del objeto amado. “La falta estructural del objeto se cubre bajo la forma de desengaño amoroso, de la pérdida que tiene culpable, ocultando de este modo el malentendido estructural.” (Zanghellini, 2010, p.8-9).

En el tango *Grice!l* compuesto por Mariano Mores en 1942, refleja la agonía y la redundancia al hablar sobre la amada que partió:

No debí pensar jamás  
en lograr tu corazón  
y sin embargo te busqué  
hasta que un día te encontré  
y con mis besos te aturdí  
sin importarme que eras buena [...]  
[...] Me faltó después tu voz y el calor de tu mirar  
Y como un loco te busqué, pero ya nunca te encontré

Y en otros besos me perdí,  
mi vida toda fue un engaño.

El hecho de poder decir más acerca de la ausencia del objeto amado que del objeto perdido en sí, es solidaria con la lectura de Lacan sobre el duelo realizada en el seminario X *La angustia*. Allí, señala que el duelo no implica perder el objeto, tal como lo planteaba Freud, sino más bien que se trata de perderse a uno mismo en lo que perdió. Es decir, consiste en perder una parte de sí mismo que no es más que aquello en lo que se cree representar imaginariamente la falta del Otro.

Vemos cómo en ese punto interviene al desnudo aquella identificación con el objeto que Freud nos designa como el mecanismo fundamental de la función del duelo. Es la definición implacable que Freud supo dar del duelo, esa especie de reverso que señaló en el llanto consagrado al difunto, ese fondo de reproches que supone el hecho de que, de la realidad de aquel a quien se ha perdido, sólo se quiera reconocer la pena que dejó. (Lacan, 2004, p.46).

En este sentido, se observa que los planteos de la época han introducido una nueva modalidad con respecto a este no-saber constitutivo del encuentro amoroso. Es una versión del amor que ubica en el lugar del vacío, una especie de manual con instrucciones para que el asunto marche bien y evitar cualquier tipo de desvío. El ideal ya no tiene que ver con la posición del amado, aquel que seduce e induce al amante al engaño, sino que está ubicado por fuera, en el concepto de un amor que no existe, perfecto, el cual promete un “sí hay relación sexual”.

Conceptos como el de amor propio, el de responsabilidad subjetiva, el *ghosting*, el *curving*, lo tóxico, etc., cumplirían la función de esclarecer las dudas de aquel sujeto que quiere enamorarse. Léase el “quiere” como una lógica donde el amor no es algo que surja, que nos toma por sorpresa, sino que es algo que se planea y se prevé. Se trata de ver el menú antes de comer, de estar advertido, de un saber que ya no aparece en forma de búsqueda sino que está de entrada, es la palabra nombrando a la cosa y matándola en ese mismo instante.

11

En relación con esto, el filósofo Byung-Chul Han en su libro *La agonía del Eros* plantea que en el siglo XXI existe un imperativo del amor perfecto que conduce hacia una erosión del Otro en términos de alteridad, lo que aniquila completamente al Eros pues éste requiere necesariamente de una asimetría y de una exterioridad. El autor argumenta que éste fenómeno está íntimamente vinculado con el pasaje de una sociedad disciplinaria hacia una sociedad del rendimiento donde hay un corrimiento hábil y minucioso del “yo lo debo hacer” al “yo lo puedo hacer”.

El sujeto del rendimiento, como empresario de sí mismo, sin duda es libre en cuanto que no está sometido a ningún otro que le manda y lo explote; pero no es realmente libre, pues se explota así mismo, por más que lo haga con entera libertad. [...]La explotación de sí mismo es mucho más eficiente que la ajena, porque va unida al sentimiento de libertad. (Han, 2012, p.19-20).

A partir de la idea de libertad fundamentada en esta capacidad de decidir sobre sí mismo, se desliza la gran astucia neoliberal de responsabilizar al sujeto sobre su destino, tanto de sus victorias como de sus fracasos. En este terreno, toman un gran valor conceptos como el de meritocracia y el “sálvese quien pueda” que provocan un desdibujamiento de la alteridad y cierta intolerancia hacia el dolor y el fracaso, repercutiendo fuertemente en la

escena amorosa. “En una sociedad donde cada uno es empresario de sí mismo domina una economía de supervivencia. [...] El neoliberalismo, con sus desinhibidos impulsos del yo y del rendimiento, es un orden social del que ha desaparecido por completo el Eros.” (Han, 2012, p.43).

En definitiva, el sujeto al contar con un abanico de claves para domesticar el amor y anticiparse al desencuentro cumple con la exigencia de reconocerse completo, lo que trae grandes consecuencias alienantes. El erastés debe-puede saber lo que le falta y el erosmenos debe-puede saber por qué es amado, y al no haber lugar el vacío queda claro que tampoco hay lugar para el deseo. Lacan postuló a la experiencia de lo siniestro como este Otro sin barra, sin enigma, absoluto, que aplasta al sujeto convirtiéndolo en un puro objeto.

“Lo unheimlich es lo que surge en el lugar donde debería estar el menos phi. De donde todo parte, en efecto, es de la castración imaginaria, porque no hay imagen de la falta y con razón. Cuando algo surge ahí, lo que ocurre, si puedo expresarme así, es que la falta viene a faltar.” (Lacan, 2004, p.52).

La incógnita, aquel no-saber, invita al amante y al amado a navegar por un camino lleno de sorpresas, totalmente desconocido, convirtiéndolo a la experiencia amorosa en una verdadera aventura. Aventura que se emprende sin aviso previo, sin mapa, con el deseo que funciona como una brújula averiada y con la intuición como guía de las lecturas fantasmáticas. Ahora bien, contar de antemano con las herramientas para enfrentar las dificultades propias del camino y con las coordenadas precisas para cumplir una misión, transforma a la experiencia en una cacería.

12

### **Amor y saber, un encuentro posible.**

A lo largo de su enseñanza, Lacan se encargó de distinguir la práctica analítica de otras, como la psiquiátrica o la médica, ya que su interés de retornar al campo freudiano apuntaba a devolverle al psicoanálisis un estatuto que había sufrido cierto desvío. En este marco, Lacan sitúa al psicoanálisis como una erotología, una práctica que se da en el territorio del amor y a partir del cuál, si el analista toma cierta posición, se podría leer la posición que el sujeto toma ante los restos del Otro.

La puesta en juego del Eros está en relación al lugar que ocupa el analista que, en un primer momento, es aquel que encarna la función del sujeto supuesto a saber. Así, la fórmula del amor queda planteada por las posiciones subjetivas del *erastés* y del *erómenos* que se irán alternando en un ida y vuelta, configurando así la dimensión diacrónica de la transferencia.

En este sentido, Lacan en el seminario VIII *La transferencia* recoge la participación de Alcibíades en *El banquete* para representar la dinámica entre las nociones de saber, no-saber y amor en la transferencia. Alcibíades representa para Lacan una figura interesante ya que, a diferencia de los demás integrantes que estaban homenajear a Eros, interrumpe el encuentro en un estado de embriaguez en busca de su amado Agatón y es convocado a dar su discurso con respecto al tema.

En lugar de desarrollar una postura sobre el Eros, Alcibíades opta por rendirle un homenaje a Sócrates por las grandes similitudes de éste con las de un Dios, cuestión que se transformó en un reproche hacia él. Alcibíades recuerda el pasado amoroso con Sócrates y lo acusa de haberlo encantado en una posición de amante, sujeto de deseo,

para luego quedar en posición de amado, aquel que tiene algo para ofrecer. Se trata de un reclamo que esconde lo irreductible de las faltas, la imposibilidad de la fusión.

Y creyendo que estaba seriamente interesado por mi belleza pensé que era un encuentro feliz y que mi buena suerte era extraordinaria, en la idea de que me era posible, si complacía a Sócrates, oír todo cuanto él sabía. ¡Cuán tremendamente orgulloso, en efecto, estaba yo de mi belleza! (Platón,1986, p.274).

Tal es así que, lo que Alcibíades buscaba era trocar belleza por saber, es decir, hacer de la situación amorosa un negocio que cierre perfecto: vos ponés esto y yo esto otro. Su protesta esconde la decepción de no haber podido encontrar un signo de amor en Sócrates que lo colmara, tal como le sucedió a Juan Pablo Castel, el protagonista de la novela *El túnel*, con su amada María.

De esta manera, Lacan ubica a la posición Sócrates, aquel filósofo extraordinario cuya sabiduría se basaba en ser consciente de que en verdad no sabía nada, en relación a la posición del analista, quien no debe alojar completamente la demanda de amor del analizado para situarlo en una dialéctica con su deseo.

El mandato de Sócrates es –Ocúpate de tu alma, busca tu perfección. Por su actitud de rechazo, por su severidad, por su austeridad, [...] Sócrates implica a Alcibíades en el camino de su bien. Pero de todas formas, ¿es tan seguro que no tengamos que dejarle, a este *su bien*, alguna ambigüedad? Lo que se pone en tela de juicio desde que este diálogo de Platón resuena en el mundo, ¿no es acaso la identidad del objeto del deseo con este *su bien*? ¿Y nosotros, no debemos traducirlo como el bien de acuerdo con el modo en que Sócrates traza su vía para quienes le siguen a él, que aporta al mundo un discurso nuevo? (Lacan,2003, p. 185)

13

En el seminario XI *Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*, Lacan (2008) enchufa la pulsión al concepto de transferencia quedando esta última como “la puesta en acto de la realidad del inconsciente” (p.152) y expresa que esa realidad es sexual. Se trata de una novedad con respecto al inconsciente ya que éste revelaría algo que escapa del registro imaginario y del simbólico.

Por lo tanto, el psicoanálisis no se encargaría de buscar un saber oculto del inconsciente, análogo a buscar algo dentro de una bolsa, sino que se trataría de poder pescar algo de esa realidad sexual que se expresa en el amor transferencial. Es en esta línea, en la cuál Lacan va quitando la pregnancia del registro simbólico en la determinación del sujeto y lo va a llevar a plantear una definición del inconsciente literal, el cual está estructurado por un engranaje de significantes Uno (s1) que pueden llegar a unirse en algún momento con un saber (s2).

Para ello, es necesario que la posición del analista ponga en función un elemento diferencial que permita la caída del lugar del sujeto supuesto saber y corte con la tontería del significante encarnada en la demanda del analizante. Operación que se realiza por la puesta en juego del deseo del analista, que pertenece a un orden distinto del deseo neurótico ya que no se sostiene fantasmáticamente.

“El deseo del análisis no es un deseo puro. Es el deseo de obtener la diferencia absoluta, la que interviene cuando el sujeto, confrontado al significante primordial, accede por primera vez a la posición de sujeción a él. Sólo allí puede surgir la significación de un amor sin límites, por estar fuera de los límites de la ley, único lugar dónde puede vivir” (Lacan, 2008, p.284).

De esta manera, el analista soportando la angustia propia de su posición neurótica, introduce el enigma, un punto de vacío, barrandose sin poder dar una respuesta de lo que al analizante le pasa, impactando en él la pregunta ¿che vuoi? y generando la emergencia de un sujeto deseante. Es una práctica transformadora que conduce al sujeto a pescar algo de su verdad (s1,s1,s1,...) y le permite la construcción de un saber (s1,s2).

Lacan continúa el legado psicoanalítico de apostar a la construcción de un saber clínico con el objetivo de no descuidar la concepción de un sujeto dividido, alejándose de términos como el de culpabilidad que demuestran la fusión de un psicoanálisis con la teoría del derecho. De este modo, a partir de los conceptos de implicación y rectificación subjetiva, inserta la cuestión de la responsabilidad del sujeto como dirección de la cura del tratamiento analítico. Ritvo (como se citó en Muñoz, 2017) establece que se trata de un momento crucial de la escena analítica, en donde el sujeto debe inventar modos singulares de reconocimiento, reconstruyendo vestigios e historizando recuerdos para finalmente arribar, mediante conjeturas que vacilan y vacilaciones que culminan, a una certeza que concluye el proceso.

Por lo cual, el pasaje del no-saber al saber en el amor sólo es posible en esta tercera versión: en el terreno de la erótica del psicoanálisis, práctica transformadora que permitiría cierto grado de libertad del sujeto con respecto a su deseo. Por fuera de esta dialéctica amorosa, la libertad, la responsabilidad y el saber toman otro valor y, por lo tanto, causan efectos alienantes.

14

## Conclusión

En el recorrido del presente trabajo se ha explorado en detalle que, el discurso amoroso actual transforma la noción misma del amor en otra cosa, en algo que se le parece pero que, al perder su esencia, deja de ser. El movimiento que se realiza es el de ubicar respuestas en el lugar donde naturalmente hay misterio, en el vacío que funda la incógnita constitutiva del amor.

Se trata de una extracción del saber al máximo que localiza al discurso contemporáneo del amor en la misma sintonía de lo que Lacan desarrolló en el seminario XVII *El reverso del psicoanálisis* como discurso del amo, cuya función es transferir un saber-hacer práctico a un saber transmisible y universal. Transferencia que, al decir de Lacan, se realiza desde el bolsillo del esclavo, quién sabe hacer, al bolsillo del amo, quien efectivamente sabe que sabe.

En efecto, hay que plantearse una pregunta. El amo que produce esta operación de desplazamiento, de transferencia bancaria, del saber del esclavo, ¿tiene acaso ganas de saber? ¿Tiene el deseo de saber? Un verdadero amo, esto es algo que por lo general hemos visto hasta épocas recientes, y cada vez se ve menos, no desea saber nada en absoluto, lo que desea un verdadero amo es que la cosa marche. ¿Para qué quiere saber? Hay cosas más divertidas. (Lacan, 1996, p.22).

Lacan utiliza como herramienta el recurso de la formalización y esquematiza el matema del discurso del amo ubicando al significante amo (S1), aquel que representa y le otorga una identidad al sujeto, en el lugar del agente, lo cuál indica que es quién comanda y dirige el discurso. La petrificación del sujeto entre la identidad y el significante que lo

representa, funda un discurso unívoco (S1;S2) bajo la condición del desconocimiento de la verdad: la división subjetiva. “[...] el S2 del amo, que muestra el núcleo de la nueva tiranía del saber. Por eso es imposible que en el curso del movimiento histórico aparezca en este lugar [...] lo que constituye la verdad.” (Lacan,1996, p.32).

En este sentido, la construcción del saber del amo-r se realiza bajo la ilusión de una totalización que pretende que la cosa funcione, abarcando y anticipando con la palabra las posibles variables y, de esta manera, produciendo efectos alienantes al no dar lugar a la singularidad . En este punto, la experiencia psicoanalítica se presenta como el revés, ya que “pone en el centro, en el banquillo, al saber” (Lacan,1996, p.31) y se desenvuelve en una búsqueda hacia la verdad.

El discurso del amor actual ofrece una serie de etiquetas atractivas que se encuentran al servicio de la autorregulación de la conducta y de los sentimientos, y trazan los límites del sujeto es pos de una domesticación del deseo. Así, a modo de ejemplo, la categoría *ghosting* ofrece una explicación a la acción de ausentarse sin razón de la situación amorosa y obliga, en ese mismo instante, a estar advertidos de eso.

La función de los rótulos que se entretajan en un discurso que dominan y determinan las conductas humanas fue descrita por Friedrich Nietzsche en su obra magistral *Más allá del bien y del mal*, en donde detalla que las categorías impuestas por la moral cristiana reprimen los instintos naturales del hombre y limitan su potencial. De tal manera, el intento del discurso contemporáneo amoroso de instaurar un “más allá...”, bajo la promesa de una falsa libertad, instaura un eterno retorno de lo igual.

El hombre, animal complejo, mendaz, artificioso e impenetrable, inquietante para los demás animales no tanto por su fuerza cuanto por su astucia y su inteligencia, ha inventado la buena conciencia para disfrutar por fin de su alma como de un alma sencilla; y la moral

15

entera es una esforzada y prolongada falsificación en virtud de la cual se hace posible en absoluto gozar del espectáculo del alma. (Nietzsche, s.f., p.83)

En esta dirección, el narcisismo universal ha saldado una de sus grandes heridas, la del descentramiento del yo, ubicando en el eje central a la conciencia como motor de la experiencia humana. A partir de aquí, el legado psicoanalítico invita a poner en duda la certeza cartesiana e instalar la pregunta: si pienso... ¿luego existo?. Se trata de que para existir, y cumplir con el imperativo categórico amoroso, primero se debe pagar el precio del adormecimiento del sujeto.

Como se detalló anteriormente, a diferencia del estatuto que imponen los planteos actuales en relación a la palabra, el tango opera con ella evidenciando su función acabada: la palabra queda corta para abarcar el fenómeno del amor. Por ello, se expone a modo de cierre, y para acentuar la esencia del encuentro amoroso, el tango *La última curda* compuesto por Cátulo Castillo y musicalizado por Aníbal Troilo en el año 1956:

Contame tu condena, decime tu fracaso,  
¿No ves la pena que me ha herido?  
Y hablame simplemente de aquel amor ausente  
tras un retazo del olvido.  
¡Ya sé que te lastimo! ¡Ya sé que te hago daño  
llorando mi sermón de vino!  
Pero es el viejo amor que tiembla, bandoneón,  
y busca en un licor que aturde,

la curda que al final termine la función  
corriéndole un telón al corazón.

El viejo amor tiembla, pelagra, porque hace temblar al amante, lo induce a la búsqueda de un encuentro que en el fondo es un desencuentro que provoca su emergencia, es decir, lo hace existir como sujeto. En este sentido, Lacan (2003) esboza la fórmula del amor como “dar lo que no se tiene” (p.145), lo que deja ver que amar implica encontrarse con la castración: ¿no ves la pena que me ha herido?.

Desde esta perspectiva, escribir amor y castración en una misma oración exige plantear a la angustia como mediadora primordial del camino amoroso, pues es ella quien señala que allí hay un vacío, un deseo sin objeto que lo colme, y también es quien obliga a ingeniárselas para evitarla. Pero como se describió a lo largo del trabajo, una cosa es la angustia constitutiva del deseo, y otra muy distinta es aquella que indica un sujeto alienado en posición de objeto.

16

### Referencias bibliográficas

Bauman, Z. (2005). *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Freud, S. (1979). *Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto*.

En *Obras completas*. Volúmen XIX.(pp. 123-140). Buenos Aires:

Amorrortu. Han, B. (2012). *La agonía del Eros*. Barcelona: Herder

Kohan, A. (2019). *Y sin embargo, el amor*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2006). El Seminario XX: *Aun* . Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1996). El Seminario XVII: *El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2004). El Seminario X: *La angustia*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2003). El Seminario VIII: *La transferencia*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2008). El seminario, libro XII: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos aires: Paidós.

Muñoz,P. (2017). La responsabilidad en Psicoanálisis. Debates teóricos,consecuencias clínicas. UBA/Secretaría de Investigaciones: Volúmen XXIV. Recuperado de:  
[https://www.psi.uba.ar/investigaciones/revistas/anuario/trabajos\\_completos/24/munoz.pdf](https://www.psi.uba.ar/investigaciones/revistas/anuario/trabajos_completos/24/munoz.pdf)

Nietzsche, F. (2007). *Así habló Zaratustra*. Buenos Aires: Gradifco.

Nietzsche, F. (1873). Sobre Verdad y Mentira Extramoral. Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. Recuperado de:  
<https://www.philosophia.cl/biblioteca/nietzsche/Nietzsche%20Verdad%20y%20Mentira.pdf>

Nietzsche, F. (s.f.). *Más allá del bien y del mal*. Recursos de dominio público: educar. Recuperado de:  
[https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/mas\\_alla\\_del\\_bien\\_y\\_del\\_mal\\_nietzsche.pdf](https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/mas_alla_del_bien_y_del_mal_nietzsche.pdf)

Platón (1986). *El banquete*. En Diálogos. Volúmen III. Madrid:

Gredos. Puig, M. (2022). *El beso de la mujer araña*. Barcelona: Seix

Barral

17

Rabant, C. (2009). *Pasión y sublimación*. Rosario: Homo Sapiens.

Sábato, E. (1980). *El túnel*. Buenos Aires: Biblioteca Universal Formentor.

Zanghellini, J. (2010). El tango: Un dispositivo argentino para el desencuentro amoroso. UNP/ Revista de Psicología. Recuperado de:  
[https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.4844/pr.4844.pdf](https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4844/pr.4844.pdf)